

Manifiesto contra el asesinato de la filosofía en Colombia

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Departamento de Ciencias Sociales
Licenciatura en Filosofía
Bogotá, septiembre, 2014

(...) borrar el pasado de un pueblo equivale a quitarle el recuerdo a una persona.

Manuel Mejía Vallejo

I

Con distintos síntomas, la política educativa se acerca cada vez más a la desestructuración de la vida escolar que está ligada al humanismo y al conocimiento de sí y del otro. Se comenzó con la geografía y la historia. Ahora, a la filosofía le llegó el turno de desaparecer, de dejar de ser la piel que envuelve y traza el recorrido de lo visible, lo pensable y lo enunciable, para conciliar con el mejor postor la ficción topológica del *adentro* y el *afuera* del mercado.

Entre el *estándar* y la *competencia*, entre la homogeneidad técnico-empresarial y las demandas del mercado, entre el espacio estriado de la regulación económica y política conocida bajo el signo de la “calidad”, la filosofía siempre ha estado un paso más allá. La filosofía es, ante todo, un *exceso de la obra*, del trabajo del concepto y del pensar en el terreno: la trayectoria seguramente *imposible* dentro del aparato educativo, porque se trata de un *encuentro* con aquello que falta y que en silencio discurre en la mirada de los que rondan las huellas de lo que está por pensarse. Su lucidez es penumbra para las demandas del mercado instrumental, la cual se traduce en que no se deja encubrir por los simples instrumentos de medida. La filosofía, aun fuera del alcance del aparato de captura de la medición, ha de devenir múltiples rostros para ofrecer la fuga, por ello su desaparición debe evitarse: deben ser rechazados los múltiples encubrimientos de la filosofía, que sólo disipan el horizonte desde el cual puede pensarse la paz, la diferencia y el pliegue de lo múltiple.

Hoy, cuando por virtud de la escuela pública la filosofía puede ser accesible a todos, se le pide o que cumpla el mandato de servir a la

acumulación de plusvalía relativa o que se resigne a desaparecer de los currículos en calidad de discurso inocuo, poco válido para el crecimiento social. Pero la filosofía no puede hacer lo primero y tampoco puede permitir que le ocurra lo segundo. Haciendo valer su naturaleza, ejerciendo su poder corrosivo de los dogmas del espíritu complacido en las mieles del amo y las ilusiones del esclavo, haciendo fluir la idea como ejercicio del *lógos* y expresión del ente, la filosofía tiene que volver por los fueros de la crítica aguda y pública, para evidenciar, con el poder de la idea, la pobre situación a la que se la pretende reducir, no sólo en la escuela, en general, sino en la educación colombiana letrada, en particular. Y es menester que pongamos sobre el tapete todo ese marasmo espiritual e intelectual de la educación básica; marasmo resultante de la dieta de leyes malsana que, dirigiendo los derroteros del currículo hacia la formación del obscuro capital humano, pretende convertir la filosofía en un descolorido trasto viejo que habrá de desaparecer por el puro efecto de sustracción de materia, en un fantasma que vaga en pena por los programas curriculares, una sombra tenue en la que resuenan débiles ecos de argumentación y crítica como los únicos vestigios de lo que podría ser aprovechado por el crecimiento económico para la formación de las competencias requeridas en la capacitación del capital humano.

II

1. *Situación:* El Ministerio de Educación Nacional, apoyado por su ente evaluador, el Icfes, ha decidido, en un momento histórico en que el gobierno de Santos pretende conquistar la paz con la guerrilla y nos habla de prepararnos para un postconflicto, *acabar con la presencia de la filosofía en las pruebas de estado* de la educación básica y media. Asunto que produce como efecto paulatino, pero no explícito, la expulsión de la filosofía de la enseñanza básica y media colombiana.

2. *Antecedentes:* Es necesario preguntarse si alguna vez ha sido posible la creación filosófica en Colombia, es decir, si hemos tenido las condiciones históricas, culturales e institucionales, para pensar y ocuparnos de nosotros mismos, para conocernos, transformarnos y construir un país realmente emancipado en donde los colombianos, en toda su diversidad, tengan derecho a la vida y puedan desplegar libremente su derecho a pensar y a decidir sobre su destino; de preguntarnos si alguna vez ha sido posible ocuparnos de nuestra tierra, escuchar en las aulas escolares y universitarias las voces de la tierra y del

pensamiento ancestral, recorrer el país y conocer toda su biodiversidad y toda la multiplicidad de culturas, pensamientos y modos de vida que existen en nuestro territorio nacional. O si, al contrario, ante la carencia de estructuras de soporte, hemos resultado sometidos a pensamientos foráneos que explícita o implícitamente nos dicen qué y cómo debemos pensar.

Durante mucho tiempo se confundió teología con filosofía, y los teólogos catequizaron nuestras almas sin discriminación alguna, irrespetando la multiplicidad cultural, las creencias y modos de pensar de indígenas, mestizos y afrodescendientes e imponiendo su trabajo de misioneros sobre poblaciones rurales y urbanas. Con los discursos de la Modernidad llegaron sistemas de pensamiento de las diferentes líneas filosóficas: la alemana, la francesa, la anglosajona y ahora la norteamericana. La enseñanza filosófica se redujo, entonces, a enseñar historia de la filosofía, según el pensamiento predominante en el mundo, y a repetir pensamientos de filósofos sin lograr ir más allá de ellos, ni enseñar el difícil arte de utilizarlos como herramientas de trabajo para cincelar nuestros propios conceptos, nuestras propias ideas, nuestros propios problemas. Se nos decía que tratar de pensar por nosotros mismos era un sin sentido. Y este conocimiento repetitivo de la historia de la filosofía, aunque ha sido y es muy importante, también es reductor y resulta colonizante si no se complementa con la experimentación misma, con el pensar y el sentir de un pueblo múltiple, diverso y con gran potencia creativa. Esa experimentación del pensamiento es lo que resulta urgente promover, hoy más que nunca, en escuelas y universidades del país si queremos realmente la paz; en vez de acabar con la enseñanza de la filosofía, como lo pretende el actual Ministerio de Educación Nacional.

3. *Problema:* Si no se piensan, si no se escuchan y no se enfrentan las necesidades actuales de nuestra tierra y de nuestra gente desde un diálogo abierto, si no se tiene en cuenta la singularidad de nuestro pensamiento ancestral, de nuestra historia, de nuestra geografía, de nuestras riquezas materiales y espirituales, y si no nos preguntamos por nuestra potencia diferencial con respecto al mundo globalizado, no podremos construir en el postconflicto las bases para el advenimiento de un pueblo fuerte, capaz de desplegar un pensamiento singular sustentado en nuestras enormes riquezas creativas, tanto naturales como culturales. Seguiremos en la misma condición de colonizados del pensamiento y habremos desaprovechado esta ocasión de diálogos de paz para la real construcción de un nuevo pueblo que no merece ser condenado a la estupidización

masiva, que consiste en no pensar y sí repetir consignas consumistas. Pensar y filosofar es algo que se hace en relación con un territorio, con unos problemas singulares propios de territorializaciones y de desterritorializaciones que allí se han producido. Por esto consideramos que hoy más que nunca necesitamos, no el *asesinato de la filosofía*, sino de su uso en todas las regiones de Colombia, en donde se esté construyendo un nuevo país; en escuelas, universidades, en mesas de negociación, en barrios, allí donde se trabaje para la construcción de la paz.

Ahora, más que nunca, se requiere construir un nuevo país, asunto que no se alcanzará sin el ejercicio libre y público del pensamiento. Sin el pensar que se da de manera abierta y plural, la guerra no parará. No se nos escapa que las decisiones de nuestro futuro no las está tomando, en realidad, nuestro Estado colombiano, sino estamentos internacionales que estandarizan la educación sin preguntarse por las necesidades locales de cada pueblo. La Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) y las pruebas Pisa son ejemplos de esa estandarización y globalización de la educación y una muestra más de nuestro espíritu de colonizados. ¿Cuántas guerras tendremos que seguir sufriendo hasta resistirnos a esa colonización y ser capaces de pensar por cuenta propia y decidir nuestro destino?

4. *Consecuencias de asesinar la filosofía:* Al no dejar que el pensamiento se abra paso público y se manifieste en el aula escolar, estamos minando las estructuras y condiciones que harían que las nuevas generaciones construyeran una nueva historia, un nuevo futuro, un propio país. Es sorprendente que el tan anunciado postconflicto pareciera que no necesita de escenarios donde se pongan en práctica estrategias educativas que promuevan el diálogo, el perdón y la argumentación entre todos los colombianos; en suma, el respeto por la diferencia y por la diversidad. Si no apoyamos el derecho a disentir, a discutir, a proponer otros puntos de vista, si no permitimos el diálogo filosófico, ¿cómo se va a lograr la tan anhelada paz?, ¿imposibilitando el pensamiento, el recuerdo, la crítica? ¿Qué sociedad se pretende construir sin la presencia del diálogo y la discusión filosófica que haga posible la afirmación de las diferencias implícitas en nuestros pueblos y la convivencia, y sea capaz de ayudar a comprenderlas, a respetarlas y a asimilarlas? Preguntamos, entonces, al Ministerio de Educación Nacional y al Presidente de la República: ¿de qué paz hablamos, si *están asesinando la filosofía*, es decir, si se están eliminando las estructuras que soportan el pensar desde nosotros mismos,

de pensar críticamente nuestra actualidad, de reconocer y transformar nuestra historia?

Eliminada la filosofía de la medición final en la formación básica, consecuentemente se hace inocua su enseñanza en todo el proceso que precede al examen. Las más afectadas son y seguirán siendo las poblaciones más vulnerables que están y estarán más alejadas de la posibilidad del ejercicio ciudadano de sus derechos, de la configuración de una vida bella, buena y sabia, de una búsqueda deliberada de la felicidad.

La decisión de eliminar la evaluación de la filosofía al terminar el ciclo de los estudios básicos es consecuente con este “recorte de la lengua, de las manos, de los genitales” (“*linguam, manus, naturalia praecidere*”). Es una castración de la cultura. Profilácticamente se dice con asepsia, que ahora todo lo filosófico está contenido en una prueba de “lectura crítica”. Pero, incluso, si se tratara de reducir la filosofía sólo a *crítica*, ¿por qué restringirla a lectura?, ¿por qué se aspira a que los ciudadanos sólo sean *lectores competentes*?

III

La comunidad educativa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional pone de manifiesto, ante la opinión pública, el peligro que corre la cultura en su conjunto al reducir la educación a instrucción mecánica y a mero entrenamiento profesional; y expresa la preocupación ante la posibilidad –no de que muera, sino– de que *la filosofía sea asesinada*, decapitada, por las agencias del Estado.

La comunidad educativa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional pone en evidencia que lo que está en peligro es el porvenir tanto de las escuelas como de la formación ciudadana. Si se aspira a la convivencia, a la paz, al menos en la *perspectiva crítica* que parece defender la Prueba de Estado (Saber) es imperativo estar en capacidad de: *pensar por sí mismo, ponerse en el lugar del otro y hacerse responsable de la propia acción*. Desde luego, esto implica poder reflexionar sobre dilemas, sobre situaciones tanto artificiales como sobre vivencias cotidianas; reflexionar, decidir y actuar con *criterio*. El *asesinato de la filosofía* lleva a una formación en ausencia de criterios. No hay argumentos válidos –ni filosóficos, ni estéticos, ni científicos, ni tecnológicos, ni

técnicos– para justificar la desaparición de la filosofía de las pruebas estatales, aun cuando el asunto de su evaluación no siempre resulte claro.

La comunidad educativa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional manifiesta su completa disposición de adelantar un debate abierto y plural en torno al asunto con las demás universidades, con las organizaciones sociales y con los organismos estatales, orientado a deliberar sobre una política pública que atempere la paz, el postconflicto y la convivencia con base en una enseñanza de la filosofía que propicie el análisis, el diálogo y la argumentación como punto de partida para la democracia en el marco del Estado Social de Derecho.

La comunidad educativa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional entiende este reclamo como un asunto unido a la configuración de la identidad nacional y ve que tanto nuestra disciplina como, en general las humanidades, hacen parte del patrimonio inmaterial que se tiene que poner al acceso de la población como miras al bienestar de todos y cada uno de los ciudadanos.

V

Por medio de este *Manifiesto* la comunidad educativa de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional convoca a escuelas y facultades de filosofía, a instituciones de educación básica y media, a instancias gubernamentales y no gubernamentales y a la comunidad intelectual del país a emitir *un grito de alarma*, como manifestación en contra del asesinato de la filosofía en Colombia; grito que dará inicio a un debate abierto y público sobre las implicaciones que tiene la modificación de las pruebas Saber y a reflexionar en torno al rol de la filosofía y las humanidades en la nación que está por venir. Grito y debate que dará inicio al *II Coloquio interno de filosofía* de la UPN con la discusión del *Manifiesto* por parte de los miembros de la comunidad y de invitados de otras instituciones y personas.